

VIAJE POR EL ECUADOR: del Pacífico a la Amazonía

Por SERGIO CABAÑAS, AUDREY THENARD, JOAQUÍN BEDIA y SERGIO TEJÓN

El viaje va más allá del mero entretenimiento de los sentidos. Cada lugar, cada montaña, cada cultura, ejercen en el viajero una honda impresión que lo mantiene en un estado perceptivo especial. Y así, se trasgreden los límites geográficos y se descubren lugares nuevos y sorprendentes que siempre habían estado allí, dentro de cada uno de nosotros, esperando ser contemplados.

El presente artículo es fruto de algunas experiencias que cada uno de los autores hemos vivido, juntos o por separado, en ese pequeño gran país que es Ecuador, entre diciembre de 2005 y febrero de 2006. Relata experiencias personales, describe variados paisajes, desde las islas Galápagos hasta la Amazonía, atravesando la cordillera de Los Andes, y también se ofrecen algunos datos de interés práctico para aquellos que deseen visitar estos lugares.

© Fotos:

Galápagos: Sergio Cabañas; Quilotoa: Joaquín Bedia, Audrey Thenard;
Ilinizas: Joaquín Bedia; Cotopaxi: Joaquín Bedia, Sergio Cabañas;
Amazonía: Joaquín Bedia, Audrey Thénard; Imbabura: Sergio Tejón

«LA FORMA DEL COTOPAXI ES LA MÁS HERMOSA Y REGULAR DE TODOS LOS PICOS COLOSALES EN LOS ANDES. ES UN CONO PERFECTO CUBIERTO POR UNA CAPA BLANCA DE NIEVE QUE BRILLA CON EL SOL, SOBREPONIÉNDOSE AL AZUL DEL CIELO».
(ALEXANDER VON HUMBOLDT, 1802)





Evolución constante

- ▲ El volcán Sierra Negra en erupción. Se aprecian las columnas de humo en la parte superior derecha de la imagen.
- ▶ Iguanas marinas (*Amblyrhynchus cristatus*) en las Galápagos.



El archipiélago de las Galápagos

El descubrimiento de las Galápagos fue consecuencia del azar en el año 1535, cuando el religioso dominicano Fray Tomás de Berlanga se dirigió a Perú en cumplimiento de un encargo del monarca español Carlos V. A causa de las fuertes corrientes marinas, la nave del obispo fue arrastrada hasta Galápagos, conocimiento de lo cual tuvo Carlos V gracias a las crónicas a él dirigidas por el religioso relatando sus aventuras. Las islas Galápagos son un archipiélago de soberanía ecuatoriana situado en el océano Pacífico a unos 1.000 km al oeste del continente americano sobre la línea equinoccial, representado por un conjunto de 8 islas mayores, 6 islas menores y multitud de islotes. El alto número de endemismos vegetales y animales hace del archipiélago uno de los paraísos naturales del planeta en cuanto a biodiversidad, con una geología y geomorfología sorprendentes, dado el origen volcánico de todo el conjunto. En 1959 fueron declaradas Parque Nacional, con una protección del 97,5% de su superficie terrestre. Asimismo, en el año 1986 el mar que rodea a las islas fue declarado Reserva Marina. La inclusión de Galápagos en el año 1978 dentro de la lista de

Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO se hizo extensivo en el año 2001 para la Reserva Marina.

Nuestro vuelo parte de Quito y nos deposita en una pequeña isla de 27 km² llamada Baltra, donde se encuentra el principal aeropuerto del archipiélago. Desde ahí, y tras un corto trayecto en autobús, nos embarcamos en lancha atravesando un estrecho canal que nos deposita en la isla de Santa Cruz, donde se encuentra el mayor asentamiento humano: el poblado de Puerto Ayora. Tras establecernos en un hotel bastante confortable y con un precio de 10 \$ por noche, dedicamos nuestras primeras horas de estancia a la visita de los arenales de color marfil de Tortuga Bay. En el camino tenemos nuestro primer contacto con los famosos pinzones de Darwin. Sorprende sobremanera la curiosidad de estos pequeños plumíferos, los cuales no



- ▲ TORTUGA GIGANTE DE LAS GALÁPAGOS (*GEOCHELONE NIGRA*).
- LOBO MARINO (*ZALOPHUS CALIFORNIANUS*) DESCANSANDO EN UNA PLAYA.



muestran ningún temor ante el hombre. Entre las trece especies de pinzones que aquí habitan destaca el Pinzón Terrestre Grande (*Geospiza magnirostris*). Estas aves constituyen un ejemplo de «radiación adaptativa», término empleado por los biólogos para referirse al proceso por el cual a partir de una sola especie colonizadora de la isla en un primer momento, surgen otras nuevas como respuesta adaptativa a nuevos ambientes. La fama de los pinzones de Galápagos comenzó con el histórico viaje que Charles Darwin realizó a las islas en 1835 a bordo del legendario *Beagle*.

La importancia geológica y geomorfológica de las islas está en relación directa con su origen volcánico: se estima que la formación de las islas ocurrió hace unos 6 millones de años como consecuencia de la actividad volcánica en el fondo marino. Es al día siguiente de nuestro viaje cuando nos hacemos eco de la noticia de la erupción del volcán Sierra Negra en la isla Isabela, con lo que decidimos poner rumbo a la mayor de las islas del archipiélago para contemplar el espectáculo. Las lanchas rápidas constituyen una buena manera de moverse de isla a isla. Tras dos horas de travesía llegamos a la pintoresca bahía de Puerto Villamil, ubicada en el extremo sur de la

isla. Tranquilas aguas azul turquesa delimitadas por rectilíneas barreras de lava de escasa altura y suave orografía definen este bello rincón, punto principal de desembarco. La más absoluta tranquilidad nos invade al sentir la quietud del ambiente y las pequeñas calles de fina arena.

Isabela es la mayor isla del archipiélago, con una superficie de 4.588 km². La forma de la isla se debe a la fusión de seis grandes volcanes en una sola y única masa. Los días anteriores se habían sentido movimientos sísmicos en la zona del volcán Sierra Negra, distante no más de una hora en coche desde nuestro hotel, con la posterior emisión de lavas y de una columna de vapor de agua y ceniza de unos 20 km. El ansia por observar el fenómeno hace que rápidamente alquilemos una furgoneta que nos deposita en la parte alta de la isla, y tras una pequeña ascensión de una hora y media atravesando bosques de Guayaba (*Psidium guajaba*), llegamos al borde del cráter del Sierra Negra, uno de los cráteres más grandes del mundo. No resulta fácil apreciar a simple vista el borde opuesto de esta enorme boca casi circular, dada la gran emisión de vapores desde su fondo perfectamente plano, jalonado de recientes campos de lava. Sobre el terreno

Exhuberancia de vida. Paraíso para las aves

El mar que rodea a las islas Galápagos (declarado Reserva Marina y Patrimonio de la Humanidad) es un hervidero de vida sustentado por la fría corriente oceánica de Humboldt, siendo la fuente de alimento de numerosas especies avícolas, muchas endémicas, que se aprovechan de esta privilegiada situación.

En la otra página (foto superior), imagen de un Pelicano (*Pelecanus occidentalis*).



- ▲ Izquierda: Piquero de Patas Azules (*Sula nebouxi*).
- Centro: Colonia de Cormoranes (*Phalacrocorax bouganvillei*).
- Derecha: Garcita Verdosa (*Butorides striatus*).





Ancestral agricultura andina

Las pequeñas y sabrosas «papas» (*Solanum tuberosum*), que en el s. XVI fueron traídas a Europa por los españoles, son el único fruto que puede arrancarse a la tierra en estas alturas. La meticulosa disposición de los cultivos en la fuerte pendiente sobre la que se asientan, es el resultado de una actividad agraria ancestral, gran conocedora del terreno.

podemos comprobar que la erupción es a consecuencia de una fractura radial en uno de los flancos del cráter –que dos días antes aún era posible observar en plena actividad. Absortos tras la visión del escenario aún humeante, nos dirigimos al parque volcánico de Cerro Chico, en las inmediaciones de Sierra Negra. Es este el reino de la lava, que se dispone en un sinnúmero de formas: túneles, apilamientos, mantos almohadillados, corrientes solidificadas... Una multitud de pequeños conos delimitados por pedregosas laderas de escorias multicolores y de profundas calderas somitales que se elevan aquí y allá, indicios de la gran actividad volcánica actual. El recorrido en barca por las inmediaciones de la bahía de Puerto Villamil nos permite prestar atención muy de cerca al Pingüino o Pájaro Bobo de las Galápagos (*Spheniscus mendiculus*), el segundo más pequeño en tamaño entre los pingüinos, que anida entre las rocas y las pequeñas cuevas basálticas cercanas a la línea de costa. Centenares de iguanas marinas, piqueros patiazules, cormoranes no voladores, pelícanos... dan lugar a un abigarrado paisaje faunístico, un hervidero de vida marina sustentado por la fría corriente oceánica de Humboldt. Una vez en

tierra firme nos acercamos a una laguna costera cerrada al mar por una barrera de afiladas rocas volcánicas, que en marea alta permite el paso e intercambio de aguas: una inmersión en la laguna nos permite bucear y observar muy de cerca a los juguetones lobos marinos, tortugas, rayas y tintorerías de las Galápagos, que aprovechan la marea alta para abandonar la laguna en busca de presas en los arrecifes volcánicos.

La laguna del Quilotoa

El cráter del Quilotoa constituye un grandioso cono volcánico truncado en su base e inundado por las aguas. Se encuentra situado en la cordillera occidental de Los Andes, a unos 35 km en línea recta desde la ciudad de Latacunga (125.000 hab.) y dentro de la Reserva Ecológica de Los Ilinizas, la cual alberga algunos de los parajes andinos mejor conservados hasta la actualidad. El portentoso cráter de este gigante, hoy dormido, da origen a una hermosa laguna semejante a un espejo esmeralda donde se reflejan las nubes del cielo andino. Hacia el noroeste se alzan los legendarios Ilinizas (5.248 m), las montañas gemelas, y hacia el oeste se eleva el prodigioso cráter del volcán Cotopaxi



- ▲ EL CARACARA CURIQUINGUE (*PHALCOBOENUS CARUNCULATUS*) VIGILA CON MIRADA CEÑUDA LA ENTRADA DE NUESTRA CABAÑA.
- ▶ UNAS LLAMAS PASTAN EN UN BARBECHO DE LAS PAREDES DEL CRÁTER QUILOTOA.



(5.897 m). Un paisaje impregnado de historia y leyenda capaz de inflamar el corazón del viajero romántico, siempre ávido de descubrimiento, aventura y libertad.

Para asomarse al Quilotoa, lo más adecuado es hacerlo desde la aldea del mismo nombre, único punto cercano al cráter hasta el que se acerca la carretera y donde es posible encontrar alojamiento barato y confortable. Desde la Terminal Terrestre de Latacunga debemos preguntar por el autobús que se dirige hasta Quilotoa, que cuesta 2\$; existen varios que realizan este trayecto de forma directa, pero casi todos salen temprano por la mañana. En otro caso también es posible tomar uno de los numerosos autobuses que salen hasta Zumbahua a lo largo de todo el día, y una vez allí viajar en todoterreno hasta Quilotoa, por un precio que irá en función de nuestra pericia en el regateo. En total, desde Latacunga recorreremos casi 80 km por precarias carreteras desde las que tendremos la ocasión de contemplar uno de los más hermosos paisajes andinos.

Geológicamente, la Laguna del Quilotoa es una caldera de forma aproximadamente oval, con un diámetro medio de 3 km. La pared del cráter se

recorta sinuosa sobre el cielo andino, alcanzando una cota máxima de 3.840 msnm, mientras que la lámina de agua que inunda el interior se encuentra a 3.500 m, dando lugar a espectaculares cortados de más de 300 m de desnivel. Las aguas cristalinas de la laguna alcanzan una profundidad de 240 m, y su carácter alcalino no permite sino el desarrollo de algunas especies de algas. El terreno, originado por la enorme cantidad de materiales piroclásticos expulsados en las sucesivas erupciones, es inestable y se encuentra profundamente erosionado por el agua.

A diferencia de otros volcanes, el Quilotoa no se eleva de forma abrupta sobre los alrededores como un imponente cono, sino que sus paredes se levantan suavemente, como si las polvorientas tierras andinas guardasen con discreción una preciada joya. En su cara sur, donde se asienta la aldea de Quilotoa a escasos metros del borde del cráter, nada permite sospechar al visitante el grandioso espectáculo que está a punto de presenciar. Sin embargo, la cara interior del cráter es muy escarpada y sólo algunos audaces senderos serpentean entre las peñas hasta tocar las aguas del fondo.



La laguna del Quilotoa

Se encuentra dentro del cráter del Quilotoa, el cual constituye un grandioso cono volcánico truncado en su base e inundado por las aguas de dicha laguna. Dicho cráter forma parte de la cordillera occidental de Los Andes.

Arriba. Agua saturada de CO_2 emerge a través de algunas grietas en la roca en un punto de la orilla de la laguna; único vestigio de la actividad del Quilotoa.

Abajo. El recorrido circular que permite caminar todo el perímetro del cráter lleva unas seis horas a un ritmo muy tranquilo. Es una buena opción de aclimatación a la altura para los recién llegados de tierras más bajas.





ARRIBA

El cráter del Quilotoa inundado por las aguas.

DERECHA

La aspereza del terreno contrasta con la suave tonalidad de las aguas alcalinas de la laguna.





Las montañas gemelas

En las estribaciones occidentales de los Ilinizas, que recogen los vientos cargados de humedad procedentes del Pacífico, verdea el inaccesible bosque tropical sobre una abrupta orografía.

Las paredes más abruptas se encuentran en la cara sur, donde a pesar de la pendiente y el terreno arenoso se extienden parches de cultivos de patata y algunas zonas de ralo pastizal, y aún en las paredes interiores de la caldera se contemplan, no sin asombro, los patatales sobre las pronunciadas pendientes, trabajados con rudimentarias azadas y con el conocimiento ancestral de los pueblos andinos. También existen modestas repoblaciones de Pino de Monterrey (*Pinus radiata*), que en estas regiones ecuatoriales puede llegar a verse a 3800 msnm.

Por el este discurre sinuoso el río Toachi hasta morir en el océano Pacífico, el cual dreña las aguas de la cuenca, atravesando espectaculares cañones y gargantas de paredes verticales, horadados a través de los materiales volcánicos de enorme espesor, vestigios de la feroz actividad volcánica que el Quilotoa exhibió antaño. Con certeza se sabe que el Quilotoa ha tenido 5 grandes erupciones de tipo vulcaniano en los últimos 40.000 años, acompañadas de ingentes cantidades de ceniza, como sucede con otros volcanes de la cordillera occidental de Los Andes. La última erupción tuvo lugar hace 8 siglos, y se estima que produjo una cantidad de

cenizas suficiente para depositar una capa continua de 10 cm de espesor sobre un área de 35.000 km². Los enormes lahares generados alcanzaron el océano Pacífico. Los depósitos de cenizas resultantes constituyen en la actualidad importantes fuentes de información arqueológica. De hecho, esta última gran erupción tuvo un importante efecto sobre las culturas pre-incaicas allí asentadas, que se vieron forzadas a desplazarse hacia el norte, constituyendo una importante catálisis de los grandes cambios sociales y culturales que tendrían lugar posteriormente. Existen otras presuntas erupciones a lo largo de los siglos XVII y XVIII, aunque no se encuentran bien documentadas.

La ascensión al Iliniza Norte (5.120 m)

Los Ilinizas, las «montañas gemelas», dominan con su imponente silueta la Reserva Ecológica a la que dan nombre, una joya de la biodiversidad andina que ocupa una extensión de 150.000 ha entre las provincias de Pichincha y Cotopaxi. En la amplia mitología Quechua, Iliniza Norte adopta el papel femenino mientras que Iliniza Sur, condenado por los dioses a permanecer convertido en mole pétreo, es su amado, al cual



▲ EL REFUGIO «NUEVOS HORIZONTES», A 4.600 M DE ALTITUD.

► LA CUMBRE DEL ILINIZA NORTE, ENCAPOTADA, SE ALZA CON SOLEMNIDAD EN EL SILENCIO DE LAS ALTURAS.



ella acompaña eternamente en su desventura con ciega abnegación. Iliniza Sur es ligeramente más elevado que su compañera, con sus 5.248 m, y aún conserva un glaciar, el cual se encuentra en rápida regresión en las últimas décadas debido al calentamiento de la atmósfera. Su ascensión es dificultosa y de carácter técnico, a diferencia de Iliniza Norte, que es una cumbre bastante accesible aunque no exenta de alguna «trepada». Es una de las ascensiones más recomendables como preparación para abordar cumbres mayores, como Cotopaxi, sin sufrir el temible «Sorochi», la voz Quechua para referirse al mal de altura.

Para emprender el ascenso a los Ilinizas es necesario llegar a la aldea de El Chaupi, principal entrada a este sector de la Reserva. Para llegar aquí lo mejor es coger el autobús que cada poco tiempo sale desde la población de Machachi, al borde de la Autopista Panamericana, el cual nos llevará hasta la plaza de El Chaupi. Aquí es posible aprovisionarse de agua y víveres si no se ha hecho antes, lo cual también constituye una buena oportunidad para entablar conversación con sus hospitalarias gentes. En la misma plaza podemos alquilar un taxi todoterreno que nos

llevará hasta el lugar conocido como La Virgen, último punto transitable con vehículo a motor. A partir de aquí emprendemos una caminata que nos llevará después de 3-4 h hasta el refugio «Nuevos Horizontes», a 4.600 m, emplazado al pie de Iliniza Sur, justo sobre el collado que separa ambas montañas. El refugio es privado, se encuentra bien gestionado y casi siempre hay un guarda. El precio de estancia es elevado (10\$ por persona y día), como parece suceder invariablemente en los refugios de montaña andinos. Dispone de cocina de gas, cubertería y vajilla, además de unos baños en un compartimento adosado en el exterior, y puede albergar a unas veinte personas, aunque nosotros lo conocimos desocupado.

El camino hasta el refugio depara un hermoso paisaje. A nuestra derecha, el Volcán Corazón (4.788 m) comparte el protagonismo con los Ilinizas. También podremos observar interesantes muestras de la flora andina, como los singulares bosques del Árbol del Papel (*Polylepis incana*), endémico de este sector andino. Tras pernoctar en el refugio de Nuevos Horizontes, después de una noche en la que nevó copiosamente, el amanecer

WERNERIA NUBIGENA. ASTERÁCEA ENDÉMICA DE LA REGIÓN ANDINA, CRECE DE LOS 3.000 A LOS 4.500 M DE ALTITUD.



CASTILLEJA RUBIGENA, UNA ESCROFULARIÁCEA ENDÉMICA DE LOS ANDES, APARECE EN LA FRANJA ALTITUDINAL COMPRENDIDA ENTRE LOS 3.000 Y LOS 4.500 M.



Flora endémica. La Reserva Ecológica de los Ilinizas nos ofrece una gran variedad de endemismos andinos, contrastando aún más la fragilidad de estas pequeñas plantas con la majestuosidad de las imponentes formaciones montañosas.

VALERIANA RIGIDA, VALERIANÁCEA DE DISTRIBUCIÓN ANDINA.



RAMAJE ENJUTO Y RETORCIDO DE POLYLEPIS INCANA.



GENTIANELLA DIFUSA. OTRO ENDEMISMO ANDINO. ESTA GENCIANÁCEA SE DISTRIBUYE ENTRE LOS 2.500 Y LOS 4.500 M.





El Cotopaxi.

Refugio de Cotopaxi, a 4.800 m. Al fondo, a la izquierda, el volcán Antisana (5.705 m). Desde la cima del Cotopaxi es posible contemplar el grandioso cráter y las fumarolas que impregnan el aire enrarecido de las alturas con un aroma sulfuroso.



nos descubrió la cumbre despejada, y sin pensarlo ni un instante iniciamos el ascenso con la esperanza de que no se cubriese de nubes otra vez. La fortuna nos acompañó esta vez, y la Princesa Iliniza nos concedió tres horas para realizar el ascenso en buenas condiciones de visibilidad: el tiempo justo para disfrutar de la cumbre despejada antes de la entrada del mal tiempo, esta vez para quedarse todo el día. Las vistas desde la cumbre son soberbias, y nos permiten ver, hacia el oeste, los grandes bosques vírgenes de carácter subtropical que crecen al abrigo de Los Ilinizas, los cuales retienen las masas de aire húmedo del Pacífico originando una cuantiosa precipitación en su vertiente occidental, que contrasta con la aridez de la cara oriental que hasta ahora hemos atravesado. Estos bosques vírgenes, conocidos como Sector Pangua, a menudo son impenetrables y albergan una gran riqueza faunística, siendo especies destacables el Oso de Anteojos (*Tremarctos ornatus*), llamado «ucu» o «ucumari» en quechua y el Puma (*Puma concolor*).

La ascensión del Cotopaxi (5.897 m)

Dice una antigua leyenda que hace muchos años Taita Cotopaxi y Mama Tungurahua formaban un

conflictivo matrimonio. Ambos discutían día y noche, y a menudo durante sus peores discusiones se arrojaban piedras el uno al otro. Fue entonces cuando nació entre ambos la montaña Saraucu, surgida de los montones de piedras que ambos cónyuges se arrojaban. Saraucu se hizo incluso más grande que Cotopaxi, y fue entonces cuando éste último entró en iracunda erupción. Ésta fue tan tremenda que derribó el montón de piedras de Saraucu, haciendo que hoy sea sólo una pequeña loma. Durante siglos, los incas rezaron bajo las faldas de Cotopaxi, donde aún hoy es posible ver las piedras de culto, rogando para obtener buenas cosechas.

Su ubicación en la provincia de Cotopaxi y a unos 60 km al sur de la ciudad de Quito, permite la contemplación de sus laderas permanentemente cubiertas de hielo y nieve desde la misma capital, en aquellos días en los que el murallón de la sierra oriental de Los Andes no se encuentra cubierto por las nubes.



UNA VISTA DE LOS PÁRAMOS DESDE LAS FALDAS DEL COTOPAXI. AL FONDO, EN PRIMER TÉRMINO, EL VOLCÁN RUMIÑAHUI Y, DETRÁS DE ÉL, LOS PICHINCHAS.

Con sus 5.897 m está considerado como el volcán activo más alto del mundo. Ha sido históricamente un volcán catastrófico: los primeros documentos que se tienen de sus erupciones datan de 1534; desde entonces el Cotopaxi ha presentado varias erupciones importantes. Éstas generaron caídas de ceniza, pómez y escoria, flujos de lava, flujos piroclásticos y lahares que afectaron severamente las áreas aledañas. Un dramático ejemplo de los efectos destructivos de volcán es la ciudad de Latacunga, destruida en 1742, 1768 y 1877, principalmente por el efecto de los destructivos flujos de lodo y escombros (lahares), generados como consecuencia de la fusión parcial de la capa de hielo y nieve del volcán. Morfológicamente hablando, el Cotopaxi es un estrato-volcán joven, de forma cónica y simétrica, con un diámetro basal de unos 20 km y un perfil originado por la emisión de lavas, cenizas y materiales que tras su acumulación determinan esta regularidad en las laderas de pendientes con flancos que oscilan

entre los 30 y los 35 grados. Su extraordinaria altura se debe a su desarrollo sobre los vestigios de un cono volcánico anterior. La cima se encuentra coronada de un refulgente casquete glaciario con un volumen estimado en 0,5 km³. y su cráter es una espectacular boca circular, con un diámetro de 800 m y unos 100 m de profundidad, donde la intensa actividad de las fumarolas no permite la acumulación de nieve. El efecto del calentamiento global es patente en el glaciar de Cotopaxi: si bien en la actualidad sus hielos descienden hasta una altura de 4.900 m de media, hace veinte años el pie del glaciar alcanzaba los 4.600 m de altitud.

Cotopaxi fue escalado por primera vez en 1872 por el alemán Wilhelm Reiss, acompañado por el colombiano Ángel Escobar. Sin embargo se puede afirmar que la expedición a este volcán más importante jamás hecha, fue llevada a cabo por el inglés Edward Whymper, quien junto a los hermanos Carrel, italianos, pasó una noche acampado en el cráter del Cotopaxi. Ellos hicieron los primeros ascensos a gran parte de los picos más altos del país: Chimborazo (6.310 m), Cayambe (5.790 m), Antisana (5.758 m), Iliniza Sur (5.248 m), Carihuairazo (5.020 m),



Yanashasa o Piedra Negra

Un resalte de andesitas negras sobre el que descansa el casquete glaciar de la cumbre del Cotopaxi.

Sincholagua (4.893 m), Cotacachi (4.944 m) y Sara Urco (4.670 m), lo cual no deja de ser una hazaña, si tenemos en cuenta los precarios medios de los que se disponía en aquella época de estas primeras ascensiones en territorios andinos.

Admirados por este gigante, sin pensarlo demasiado, decidimos intentar su ascensión. Una vez contratados los guías y tras un acceso rodado al Parque Nacional, llegamos al refugio situado a 4.800 m. Ya de antemano habíamos decidido alargar un poco nuestra estancia 12 horas más, con el motivo de optimizar la aclimatación de nuestro organismo a la altura y la falta de oxígeno. Tras unas horas de descanso en nuestras literas, comenzamos el ascenso a la una de la mañana, cuando el glaciar se encuentra en mejores condiciones para su tránsito, ya que la solidez del hielo, gracias al frío, puede evitarnos más de un problema con *seracs* ocultos o resbalones inesperados. Para la ascensión es recomendable una buena condición física cuando menos, y recomendamos la contratación de un guía, dados los peligros inherentes a la progresión en un glaciar de estas características. Iniciamos la ascensión en una apacible noche sin apenas viento, gracias a lo cual pudimos

contemplar perfectamente en la lejanía las luces de la estrecha y alargada capital de Ecuador, situada casi en el extremo norte de la denominada «avenida de los volcanes», un impresionante pasillo que se alarga hacia el sur. Ya muy cerca de la cima y con la luz de la mañana nos topamos con el impresionante resalte denominado Yanashasa o Piedra Negra, el cual dejamos a un costado para seguir con nuestro ascenso. El tiempo es variable, con intermitencia de neblinas y claros y con un intenso frío. Ya en la cumbre de nuestra montaña soñada, la falta de oxígeno nos introduce en un leve estado de ensoñación cuando contemplamos por fin la magnitud del negro cráter y los fantasmales vapores sulfurosos que surgen de su interior. Unos minutos de descanso, las felicitaciones y las fotos de rigor, nos permiten recuperar el resuello para iniciar el descenso, llenos de agradecimiento y veneración hacia el dios-volcán Cotopaxi por habernos abierto las puertas de su reino.

La selva amazónica

La cuenca del Amazonas es la más extensa del mundo, fluyendo en ella más de un tercio del



- ▲ EN LA MAYOR PARTE DE LA AMAZONÍA, LOS RÍOS CONSTITUYEN LAS ARTERIAS DE COMUNICACIÓN ENTRE ZONAS DONDE LA SELVA ES IMPENETRABLE.
- ▶ RECOGIDA DE FRUTAS EN LA HUERTA DE UN POBLADO AMAZÓNICO. BANANAS, PLÁTANOS, ORITOS, YUCA, CACAO, PAPAYA, MAÍZ..., SON SÓLO ALGUNOS DE LOS PRODUCTOS QUE COMPONEN LA VARIADA DIETA DE LA SELVA.



agua dulce de la Tierra. El explorador europeo Francisco de Orellana fue el primero en hacer el recorrido desde Quito hasta alcanzar la desembocadura de este río en 1542, en un épico viaje lleno de aventuras, enfrentamientos con tribus hostiles, enfermedades y descubrimientos. El relieve de la amazonia está conformado por una serie de colinas que se originan en la parte oriental de los Andes y descienden hasta las llanuras del Amazonas. Dominada por un clima cálido y muy húmedo, en la amazonia se encuentra la mayor superficie de bosque tropical húmedo del mundo. La región amazónica del Ecuador representa casi la mitad del territorio nacional, aunque tan sólo el 4,8% de la población vive allí. Está formada por seis provincias: Sucumbíos, Napo, Orellana, Pastaza, Morona Santiago y Zamora Chinchipe. No queríamos dejar de visitar el bosque primario más grande del planeta, y nos decidimos por la región de Napo, dada su relativa proximidad a Quito y su exuberante selva virgen. Napo es conocida por la diversidad cultural de sus habitantes y por su diversidad biológica. La provincia de Napo es el territorio donde nacen los ríos de la cuenca amazónica con más caudal, porque tiene el

privilegio de gozar de una altitud que desciende desde la franja este de los Andes (cordillera oriental) hasta la llanura amazónica, a unos 300 metros sobre el nivel del mar. Cuenta con tres parques nacionales: Sumaco-Galeras, Cotopaxi (solo una parte), Reserva de la Biosfera Gran Sumaco, y dos reservas ecológicas: Antisana y Cayambe-Coca. El río Napo es la principal arteria fluvial de la Provincia y se forma un poco más arriba de Puerto Napo en la confluencia del Jatunyacu con el Anzu.

El viaje desde Quito hasta Tena se realiza en autobús, salvo que dispongamos de un vehículo todoterreno o contratemos uno. Existen líneas que hacen el recorrido varias veces al día, tardando de 5 a 6 horas. El trayecto asciende desde Quito hasta el puerto de Papayacta, con una panorámica espectacular de la amazonia 3.000 m por debajo y dejando el Antisana, imponente, a nuestra derecha. De pronto desaparece el asfalto y el resto del viaje se realiza por pistas que atraviesan la selva, en ocasiones en precarias condiciones de estabilidad y frecuentemente arrastradas por las lluvias amazónicas.

En el interior de la selva, bajo una grandiosa bóveda formada por las enormes copas de los



árboles, todo el universo es percibido de una manera nueva, diferente; el calor, la humedad y la explosión de vida que nos envuelve nos traslada a un mundo fantástico de sombras y contraluces, sonidos desconocidos y cantos sorprendentes. Matildo, nuestro guía, nos habla de las plantas y de sus poderes y utilidades, de los chamanes, de las historias tan antiguas como la selva, de la caza tradicional antes de que llegaran las armas de fuego, de la pesca, la agricultura y de los espíritus que se hallan presentes en cada planta, en cada animal, en cada lugar. Un universo vivo, consciente y pensante, formado por una compleja trama de la que el ser humano es un elemento más. El pensamiento animista cobra de pronto un enorme realismo: caminamos por una selva viva que nos observa, que nos regala sus frutos y que también esconde trampas mortales.

En la selva habitan varios grupos étnicos que mantienen sus tradiciones ancestrales vivas, sus costumbres, rituales y sabiduría. Algunas culturas aún están aisladas y tienen poco o ningún contacto con la civilización moderna, y mantienen hasta nuestros días la misma forma de vida que tuvieron sus antepasados, viviendo fundamentalmente de la caza y la pesca y recolección de frutos y otras plantas del bosque. La mayoría depende también de la agricultura a pequeña escala para su alimentación y provisión de medicinas. Los Quichuas se dividen en zonas familiares llamadas «Lactas», dentro de las cuales cada grupo nuclear posee su propia

EL ANZUYACO («RÍO PEQUEÑO») ANTES DE SU CONFLUENCIA CON JATUNYACO («RÍO GRANDE») PARA DAR NACIMIENTO AL NAPO, UNO DE LOS GRANDES AFLUENTES DEL AMAZONAS.

parcela. En la actualidad los quichuas del Napo tienen problemas de tierras debido al avance de la colonización. Cada grupo familiar tiene un «chaman», considerado el «mediador» entre lo espiritual y lo humano. El chamanismo es todavía muy significativo y es parte de la vida de los pueblos autóctonos. El chamán es el que cura y a donde se acude para consejos, ejerciendo enorme influencia en las sociedades de la selva, y su actividad puede ser tanto protectora como maligna. Los guías representan el vínculo entre las ciudades y las comunidades de la selva y son conscientes de la dificultad y complejidad de conciliar la necesidad de desarrollo de esas comunidades con el respeto, puesta en valor y conservación de su legado cultural. Esta región del planeta contiene uno de los mayores bosques tropicales de la Tierra, pero también sufre una de las más graves amenazas: incendios forestales, talas, construcción de grandes infraestructuras, expansión de la agricultura y la ganadería, plantaciones de soja y de eucaliptos, minería, yacimientos de gas y petróleo, buscadores de oro, etc. Casi 400 diferentes grupos étnicos habitan hoy la Amazonía. Unos pocos han logrado mantener sus antiguos modos de vida, pero hay muchos más luchando por recobrar su territorio y su identidad.



LA LAGUNA CUBILCHE. AL FONDO, EL VOLCÁN IMBABURA, CON 4.609 M DE ALTITUD.

Atrapado en la provincia de Imbabura

Aún me quedaban unos días para seguir conociendo Ecuador, y por circunstancias del viaje me encontraba solo. Decidí encaminarme a la provincia de Imbabura y conocer el modo de vida campesino, así como realizar las compras de rigor (alguna chompita o artesanía en lana).

Tomé el autobús en la estación de Quito, como siempre a la carrera, atento a las señales que los muchos buscavidas lanzan al viento: ¡Latacunga, Baños, Guayaquil, Esmeraldas!, ¡Ibarra, Ibarra!, ese era el mío, como siempre tan sólo unos minutos de espera. Con el mochilón, y flanqueado por dos viejos indígenas otavaleños, emprendo la difícil carrera entre taxis, autobuses, motos, bicis y cualquier vehículo de tracción mecánica o animal, intentando por un lado no ser atropellado y por otro que el cobra-billetes encaramado al espejo retrovisor del bus, ya en marcha, sea capaz de verme y me espere. La competencia es muy grande en el transporte de Ecuador, eso garantiza la puntualidad, pero también un trato «acelerado» que a uno le hace sentirse como una vicuña histérica en medio de todo el rebaño. El viaje sin incidentes, un par de horas, y un par de dólares de precio; algo que se agradece en Ecuador es que los precios de los buses son los mismos para el viajero que para el indígena.

Ibarra es una ciudad colonial de unos 140.000

habitantes, situada al norte del país, ya cerca de la frontera con Colombia (razón por la cual bastantes inmigrantes colombianos ilegales se afincan en esta zona). Está situada a unos 2.250 m de altura, y escoltada por el volcán Imbabura (4.609 m) que separa esta población de Otavalo, cercanos son también el Cotacachi (4.939 m) y el Cayambe (5.790 m). No quiero permanecer demasiado en la ciudad, tan sólo comer un «seco de pollo» y buscar el autobús hacia el pueblito de La Esperanza, en las mismas faldas de Imbabura. De Ibarra destaca la gran multiculturalidad que reina en toda la ciudad, indígenas del altiplano (sobretudo otavaleños ataviados con sus largas coletas), afroecuatorianos, mestizos, y eso sí, muy pocos turistas.

Tomo el bus a La Esperanza, que asciende poquito a poquito por calles empedradas de cantos lustrados por el uso ancestral de estos caminos. Los viajeros son campesinos, Ecuador en estado puro, en su mayoría ancianos, con la amabilidad inherente al mundo rural, platicamos de todo, interesado yo por su vida, y ellos por la mía. Cuando llega la parada de Casa Aída, todo el autobús sabe ya que debo apearme y se apresuran para que el «gringo» no se la pase. Han sido apenas 15 centavos de dólar, y una de las experiencias más gratificantes que tuve en Ecuador.

Aprovecho el día para pasear por el pueblo. En su mayoría está compuesto por calles adoquinadas y dos hileras de casas en torno a una calle central. Una base militar rompe el encanto andino, si bien los militares no hicieron su presencia (al menos de

momento) por el pueblo en ningún momento. A la noche regresé y compartí cena con dos niñas de tres y cinco años vecinas del pueblo, entre risas, cuentos y fábulas, la velada se torna en fantástica, ya con Aída y los padres de las niñas hablamos de su tierra y de la mía, las fotos de Picos de Europa y de Liébana que llevé desde Cantabria acercan nuestros espíritus hablando en el lenguaje común de la «pachamama», agua, tierra, sol y el ser humano trabajándolo con su inteligencia y con su fuerza, hablamos el mismo idioma mientras escuchamos en la radio canciones colombianas del otro lado de la frontera.

Por la mañana me encamino hacia la Loma Cubilche (3.826 m), una «pequeña» elevación junto al volcán Imbabura. Camino entre huertas de papas, maíz, chanchos, vacas y campesinos. Todos me ofrecen un minuto de conversación (siempre sin cámara de fotos para no enturbiar el encanto) que aprovechan para dejar el arado romano que peina la arenosa tierra volcánica, dar de comer a los chanchos o parar el hacha con el que tumban los eucaliptos que como única especie arbórea sirven de alimento al fuego del hogar. Los senderos se vuelven casi verticales, y ancianas descalzas ataviadas con la vestimenta indígena y cargadas como mulas, desafían mi forma física abriéndome los caminos. El último pueblo que piso es el Abra, paso junto a la escuela, pero hay más niños empuñando una azada que un bolígrafo. Cuando la trocha acaba una loma herbácea y un suelo de cenizas volcánicas son el último obstáculo antes de la cima, las vistas comienzan a ser impresionantes, casi se puede besar al Imbabura, y el Cayambe se muestra más cercano de lo previsto, engalanado con su frac blanco de nieve. En la cumbre aparece de sopetón la gran recompensa, un regalo prodigioso, una bella laguna rodeada de un pasto fino que invita al almuerzo y a la siesta. Tras recuperarme, encamino mis pasos hacia el valle de nuevo, con la imponente vista de Ibarra en la lejanía y el desnivel vertiginoso que debía volver a cubrir. Alargo mi camino al encaminarme hacia el collado que separa el Imbabura del Cubilche, y finalmente llego a La Esperanza de nuevo, con los últimos rayos del atardecer, para cenar y descansar.

Desayunado y reconfortado, monto en el autobús y, tras los primeros ajeteos, el silencio de mis compañeros de viaje, y el volumen de la radio denotan problemas en el ambiente. Hay huelga de transportes en la provincia, imposible salir de la ciudad. Me adelanto a la cabina del conductor y le pregunto qué ocurre y qué previsiones hay. La Panamericana y todas las salidas de Ibarra están

cerradas con barricadas por las empresas de transporte. La competencia del sector, tal como comentaba antes, la infinidad de compañías privadas y las políticas de las compañías de transporte de dentro de la ciudad que restringen a unas pocas la posibilidad de recoger viajeros en la estación municipal, exigiendo a otras a recogerlos en la Panamericana, fuera de la ciudad, con la consiguiente pérdida de viajeros, crea multitud de conflictos. Las compañías de fuera de la ciudad exigen con este acto una igualdad de trato, y su medida de fuerza es no permitir el tráfico por todas las vías de acceso a la provincia, no sólo Ibarra está bloqueada, también Otavalo y todas las poblaciones importantes, ningún autobús puede entrar ni salir de la provincia. Ya en Ibarra busco información sobre la huelga en comercios, comedores, a los taxistas, en la calle... la respuesta es unísona y conocida: no puedes salir. La presencia policial es muy considerable, por si hay que actuar, y la pinta que tienen es que no se andan con chiquitas. Es tiempo de agudizar el ingenio, pues al día siguiente necesito estar en Quito, y como la cosa no se resuelve negocio cómo salir. Un hombre me ofrece la «suculenta» posibilidad de llegar hasta Cayambe por unos 40\$, creo que aún debe estar esperándome pensando en hacer el negocio del siglo. Hay posibilidades de caminar hasta la primera barricada y agarrar una pick-up allá, continuar hasta la siguiente barricada, cruzarla a pie, y así sucesivamente hasta salir de la provincia.

Alquilo una habitación con televisión para tener noticias, pero no dicen nada que ya no sepa, mucha incertidumbre y la posibilidad de huelga indefinida, duermo intranquilo ante la posibilidad de alargar mis vacaciones.

A la mañana siguiente, en el desayuno en un pequeño comedor cerca de la catedral, la radio vaticina el final de la huelga, al menos por unas horas, y encamino mis pasos hacia la terminal para conseguir salir, por fin, de esta odisea.

El autobús, petardea el motor, toma la Panamericana y atrás, en la lejanía, se pierde Ibarra y uno de los muchos conflictos de Ecuador en particular y América Latina en general. Campesinos e indígenas toman las calles de manera habitual para reivindicar la dignidad, mientras el capitalismo salvaje, en forma de TLC (Tratado de Libre Comercio) planea sobre Ecuador, un gobierno auspiciado por EE.UU. pero con la oposición de los movimientos indígenas y campesinos que ven amenazados su cultura indígena, y continuar con la larga historia de desigualdades y explotación que ha predominado desde hace 500 años.